

NOTA DEL TRADUCTOR

Mauro Armiño

Pese a los consejos recibidos de no escribir memorias, pese a la íntima convicción que Giacomo Casanova tenía de no escribirlas, y pese a los momentos en que la idea de destruir lo escrito lo dominaba, lo cierto es que, a lo largo de la *Historia de mi vida*, la pasión dominante del autor es dejar constancia fiel de lo vivido a través de un reportaje de su existencia, la más movida del siglo XVIII: dejar el retrato de sus amores, pero también alabar y defender sus distintos oficios y saberes, aunque de algunos, como el cabalístico, él mismo se sonría. Además, sin que el propio autor lo sepa, por debajo de esa vida contada, de las ambiciones que en todo momento expresa, late, lleno de contradicciones, un pensamiento ilustrado encarnado en un individuo «ejemplar» y único: Casanova, que asimismo deja una visión muy peculiar de la Europa de mediados del siglo XVIII; visión muy peculiar, pero también el solo testimonio abarcador de varias facetas de la vida europea en la literatura del siglo. Casanova quiere ser veraz y verídico, y lo es en la casi totalidad de sus páginas, salvo los escudos que la vanidad, el amor de sí mismo y la justificación de ciertos actos culposos le impulsaron a poner en defensa propia ante el propio espejo. Tan veraz y verídica como quiso serlo la gran autobiografía de la época moderna, las *Confesiones* que Jean-Jacques Rousseau¹ había empezado a escribir veinte años antes (1766) y que aparecieron póstumas, en 1782 y

1. «No daré a mi narración el título de *Confesiones*, porque, después de que un extravagante haya mancillado esa palabra, ya no puedo utilizarla [...], pero serán unas verdaderas confesiones como pocas lo han sido hasta hoy», escribe Casanova en las últimas páginas de la *Historia de mi fuga*, aludiendo a Rousseau.

1789; en el verano de este último año, y tras una grave enfermedad, Casanova inicia el primer manuscrito de sus memorias.

El primer problema que Casanova se plantea es elegir la lengua de escritura; nacido en la lengua italiana, aprendió más francés al hilo de sus aventuras que durante el estudio adolescente de esta lengua. Sin embargo, será el francés la lengua que elija para narrar su vida, y lo razona: el francés es la lengua común, la *koiné* en la que se expresa el mundo que Casanova ha deseado y en el que ha perseguido introducirse, el de la aristocracia y nobleza europeas que, de Moscú a París y Madrid, pasando por Polonia y Prusia, utiliza la lengua de Montaigne como un título más que la distingue del resto de sus connaturales. Como de costumbre, Inglaterra quedaba al margen del continente en ese empleo del francés por sus clases aristocráticas; y Casanova, en contrapartida, aborrece el inglés, que no aprenderá nunca.

Esta lengua francesa que emplea está impregnada de características específicas que el propio Casanova no sólo admite sino que defiende, recordando el estilo impregnado de términos procedentes de su lugar de origen de Teofrasto o de Tito Livio. Casanova cree que la escritura define y precisa su realidad vital, a pesar de los abundantes italianismos que inserta en un francés donde además abundan arcaísmos, barbarismos y giros forzados, y que tiene poco que ver con el francés «clásico» del siglo XVIII, el que encarnan Rousseau y Voltaire.

«El lector comprenderá enseguida que nada está más lejos de mis intenciones que las preocupaciones por el estilo», escribe Casanova en el prefacio a la *Historia de mi fuga*.² Porque Casanova va a escribir hablando; el suyo es un relato oralizado que zarande la lengua para cargarla de vigor, de inmediatez, de un uso de los tiempos verbales donde parece estar hablando con una persona o un grupo de amigos que tuviera enfrente. Es un relato al amor de muchas lumbres que va haciendo a un oyente cercano—quizá a sí mismo mirándose al espejo, para verse retratado en la mente de su lector— en su retiro de Dux, cuando está convencido

2. *Histoire de ma fuite des prisons de la République de Venise qu'on appelle les Plombs*, Leipzig, 1788 (Praga, diciembre de 1787). Salvo el añadido del prefacio, el texto quedó incorporado a la *Historia de mi vida* tras una revisión que apenas altera el texto de partida.

de que, dada su edad, la Fortuna lo ha desasistido y las mujeres pasan a su lado sin sentir el deslumbramiento que les procuraba de manera instantánea en sus años mozos; sin posibilidades de continuar su vida errabunda, tiene horas, días, semanas y años por delante. Cinco años de escritura febril le permitirán llegar al tomo undécimo de la *Historia de mi vida*. «Escribo desde el alba a la noche y puedo asegurarnos que escribo también durmiendo, porque siempre sueño en escribir», dice en una carta. Pero las revisiones a que somete el manuscrito tienen más que ver con los hechos y lo narrado que con la narración, con la escritura.

Esa oralidad casanoviana rompe con los estilos franceses del siglo, aunque no con todos. Si tiene poco que ver con la lengua encastrada en lo clásico de Rousseau, es bastante lo que la emparenta con la ligereza, la fluidez y hasta cierto punto la oralidad –por supuesto distinta– que Voltaire prestó a su obra más duradera en el tiempo, *Novelas y cuentos*, y en la que el filósofo autor de pomposas tragicomedias apenas creía; pero esos cuentos han salvado el nombre de Voltaire como autor de ficción y lo vuelven totalmente nuestro contemporáneo. La frescura del estilo de Casanova le permite alcanzar a todo tipo de lectores –cosa que no ocurre en una obra de mayor calado y significación como las *Confesiones* de Rousseau– con sus imperfecciones de relato oral, con los sabrosos italianismos, con los graciosos e inesperados giros que da a la sintaxis francesa. La revisión de la abultada cantidad de folios escritos a pluma que fue haciendo Casanova no podía resolver varios de los problemas estilísticos y formales de su *Historia*.

Llegado el momento de la traducción, los italianismos tenían que diluirse, y carecía de sentido reproducir las incorrecciones gramaticales de un texto cuyo carácter más original es el comunicativo. En el relato de su paso por España, por ejemplo, Casanova intenta reproducir algunos términos de la lengua castellana; lo hace de oído, y en este caso, cercanos al lector español, así los he dejado, con su anómala transcripción. Más problemas plantean los nombres de lugares y personas, que Casanova escribe en muchas ocasiones de maneras distintas: los nombres y apellidos rusos, polacos, españoles o ingleses, también transcritos de oído, adoptan formas diversas que he unificado; mante-

nerlos sólo podía perturbar la lectura. En cuanto a los términos geográficos, hay ejemplos incomprensibles de distinta grafía: So-leure, población francesa en la que estuvo y por la que pasó Casanova en varias ocasiones, llega a adoptar bajo su pluma hasta cuatro grafías distintas; si de un término como ése resultan tantas diferencias, qué decir de los complejos apellidos rusos o polacos. Carecía de sentido, repito, no revertir a su transcripción oficial los centenares de nombres de persona y de lugar que aparecen en la *Historia de mi vida*;³ en el Índice onomástico, de todos modos, hay constancia de las diversas grafías que, en muchas ocasiones, ya poseían en la época apellidos no demasiado fijados.

BREVE HISTORIA DEL TEXTO

Los manuscritos de la *Histoire de ma vie* de Casanova corrieron un destino proceloso y nada ejemplar. Su sobrino Carlo Angiolini, llegado a Dux para atender a Casanova en su enfermedad una semana antes de su muerte, recogió todos los manuscritos y se los llevó a Dresde. Permanecieron en el ámbito familiar hasta 1820, año en que la familia vende el manuscrito al editor Brockhaus de Leipzig. Se empieza a preparar entonces una primera edición «depurada» de los pasajes considerados escabrosos, en traducción alemana que el editor encarga a Wilhelm von Schütz y que aparece en doce volúmenes entre 1822 y 1828. Es el propio Brockhaus quien, en colaboración con la editorial francesa Plon, edita por primera vez el texto original francés, igualmente en doce volúmenes, entre 1826 y 1838. Se encarga de la edición Jean Laforgue, que también purgó el original de los pasajes que se consideraban escabrosos y limpió el texto de los abundantes italianismos e incorrecciones lingüísticas en que incurría Casanova.

Ambas ediciones sirvieron de fuente a todas las demás publicaciones de la *Histoire de ma vie*, casi medio millar (traducciones incluidas), hasta la aparición de la edición Brock-

3. Tarea difícil en la que debo agradecer la meticulosidad de la revisión de Santiago Celaya, corrector de Atalanta.

haus-Plon de 1960, que parte del manuscrito autógrafo de Casanova y lo transcribe íntegramente, respetando la ortografía y la puntuación del autor. Sin embargo, algunas ediciones anteriores –véase en la Bibliografía el apartado *Histoire de ma vie*, que sigue la evolución del enriquecimiento de las ediciones significativas– fueron aportando notas y comentarios que situaban al lector en el contexto histórico y personal casanoviano; un numeroso puñado de casanovistas se volcaron en el análisis de los viajes, las peripecias y los personajes que pasaban por la *Histoire de ma vie*, rectificaron y precisaron pasajes en los que la memoria engañaba a Casanova, eliminando las sombras que velaban la realidad y la veracidad de casi todo lo narrado.

Ciento sesenta y dos años después de la muerte de Casanova, y tras casi ciento cincuenta años –desde las lecturas de Schütz y Laforgue, en los años veinte y treinta del siglo XIX– de inaccesibilidad, los manuscritos de Casanova seguían guardados bajo llave por sus propietarios, la familia Brockhaus, con la justificación de preparar una edición que fuera definitiva, «plan muy loable, remitido sin embargo *ad calendas græcas* a causa de las guerras y sucesivas crisis económicas que afectan a Alemania», escribe el casanovista Helmut Watzlawick; plan que pudo acabar con los manuscritos durante el bombardeo de Leipzig al final de la segunda guerra mundial: por fortuna, un camión militar los trasladó en junio de 1945 a Wiesbaden, tranquila y pacífica ciudad de aguas termales. Pero, a pesar de utilizar los viejos textos, la edición de La Sirène de 1924, dirigida por Raoul Vèze, ya había conseguido interesar, caso extraordinario, a los principales casanovistas del momento; ofrecía el texto acompañado de toda suerte de informaciones que se han convertido en la base de un corpus muy completo. Posteriormente, se añadieron notas y datos que acercan al lector a la realidad de la época, al entorno casanoviano y a la veracidad de lo narrado. La edición Brockhaus-Plon de 1960-1962, preparada en el mayor secreto por Angelika y Arthur Hübscher, ponía un punto y seguido casi exhaustivo a la aventura del manuscrito «escondido», que desde entonces quedaba, con su recopilación de notas y sus nuevos índices, a la vista del lector en perfecto estado, como también hace su secuela, la edición Robert Laffont de 1993.

Los nombres de los casanovistas que aportaron sus búsquedas y hallazgos a la edición de *La Sirène*, de la que nacen en buena medida las notas y los índices que ya forman parte en cierto modo del texto de Casanova, son éstos: Gustav Gugitz, Charles Samaran, Raoul Vèze, Aldo Ravà, Pierre Grellet, Carlo Curiel, Joseph Le Gras, Horace Bleackley, A. Francis Steuart, Édouard Maynial y Tage E. Bull. Hay que ampliar la nómina con otros posteriores: Robert Abirached y Elio Zorzi, responsables de la edición de Gallimard (*La Pléiade*, 1958), y Helmut Watzlawick y Alexandre Stroev, encargados de la edición Robert Laffont (1993). Entre todos ellos, en el transcurso de los setenta y cinco últimos años del siglo xx, se ha conseguido elaborar un corpus de anotaciones que descubre, desbroza y alza los velos que sobre personajes, lugares y fechas pusieron Casanova y su desfalleciente memoria a lo largo de tan voluminoso texto. Sus trabajos, resúmenes e índices son la fuente de las notas que acompañan a esta edición de la *Historia de mi vida*. No me ha parecido oportuno añadir sus iniciales tras cada uno de sus aportes concretos, objeto en muchos casos de precisiones y correcciones por casanovistas posteriores.

Esta nueva edición, la primera en lengua española del texto íntegro y sin los cortes ideológicos o morales que castigaron las anteriores traducciones, sigue el texto de la *Historia de mi vida* a partir de los manuscritos originales, tal como lo reproducen las ediciones Brockhaus-Plon (1960-1962) y Robert Laffont (1993).

En la cronología que sigue a esta nota he procurado señalar la trayectoria mínima de los hechos de la vida de Casanova, aunque esos hechos se limiten casi siempre a los constantes viajes de su errancia europea, junto con algunos, sólo algunos, de los nombres de aquellas mujeres que supusieron una piedra blanca en su memoria, las piedras blancas que, florecidas, aún le trae el recuerdo a su retiro de Dux.